

Ailine

Katerina Solokov



Capítulo 1

El gran duque condena a sus hijas

¿Qué es el amor más que una ceguera? Una pérdida de cordura, una distorsión de los sentidos. Una efímera e irracional sensación que, según lo que muchos reclaman, es «lo más parecido que tenemos a la magia»

Magia. Un mago en un circo, con su gorro de copa y su traje de plata, es tan capaz de emular la magia como cualquier hombre el amor. Basta con una carta amañada, una mentira piadosa e incluso poco indulgente, para que cualquier dama o caballero salte de su silla, con el corazón en la mano, creyendo que, sin lugar a dudas, ha presenciado un milagro. A pesar de que haya sido una simple artimaña.

Por ello el matrimonio no debería ser, según el Jonathan Bardwell, una unión creada por pasión o falsas esperanzas, sino un enlace entre dos familias en busca de la prosperidad y garantía de una descendencia.

Y, en su lecho de muerte, no les dio más opción ni más que hacer a sus pobres y muy desgraciadas hijas. De hecho, cuando aquellas envenenadas palabras se escaparon de sus labios, las mujeres de la familia Bardwell estuvieron al mismo borde del desmayo.

En el pasillo de la gran mansión de Bardwell Manor, dos muchachas y un joven de aspecto severo aguardaban, hundidos en el nerviosismo, a recibir noticias de su enfermo padre.

—¡Ay de mí!—se lamentó Danielle Bardwell, apoyando su dorada cabellera sobre los hombros de su hermana menor, Ailine, que mantenía la calma—. ¿Qué haremos sin padre? ¡Morir de angustia, eso es seguro! Ojalá el reloj que habita en su anciano corazón le concediera más horas.

La joven a su lado sonrió, dejando ver como dos adorables hoyuelos se mostraban en su pálido y pueril rostro.

—Hermana mía, ¿Más horas dices? Terrible ejemplo. Padre no necesita más tiempo, viejo es su corazón. Tú morirás de angustia pero yo viviré con mucha más libertad ya que me pedirá que me case con algún insípido conde y tendré el placer de decirle que no.

—¡Eres una desalmada! ¡Te atreves a decir eso de nuestro querido padre! ¡Ya verás cuando muera, te tragarás tus palabras y pedirás perdón al señor! Además, si padre te dice que te cases con alguien ¡ya te obligaré yo, que soy tu hermana mayor!

Ailine resopló.

—Para mi gran disgusto.

Danielle se arrojó sobre ella, desolada. Siempre era así de dramática, aunque aquel día se estaba excediendo.

—¡Cómo me dices esas cosas, hermana mía! ¡Válgame Dios!— se lamentó. Su mirada entonces se fijó en su insípido y maleducado medio-hermano. El hijo ilegítimo de su padre. Se estaba riendo —. Todos en mi familia son crueles ¿De qué te ríes, mi buen hermano?

Aquella pregunta estaba cargada de sarcasmo.

—De que voy a heredarlo todo, hermana mía. Y te verás obligada a vivir como una rata en las calles.

Ailine apretó sus pequeñas y suaves manos, pues no debía alzarla contra él, por mucho que le urgiese tal acción. Para James no había mayor veneno que palabras amenazantes.

—Ten cuidado, James. El mundo gira y no sabes donde puede deparar.

—Me has quitado las palabras de mi boca, mon sœur.

Entonces la duquesa salió de la habitación donde su enfermizo esposo reposaba en cama. Su rostro pecoso estaba empapado de lágrimas densas como ríos en movimiento.

—El médico dice que no le queda mucho. Será mejor que estéis preparados para recibir el testamento.

Nadie respondió a aquellas palabras, simplemente entraron en la sala, donde el duque guardaba cama. Su aspecto era lamentable. Ailine no le recordaba tan lánguido ni tan anciano. Más que su padre, parecía una pasa, solo que con dientes y una cabellera completamente blanca.

—James, —dijo Su Excelencia, antes de condenar a su esposa e hijas, dirigiéndose a su hijo bastardo—. He decidido que tú te lo quedas todo, como es debido. Al fin y al cabo, eres mi único hijo varón. Te reconozco como hijo mío, y como muestra de mi más sincero amor y cariño te lego mi nombre, mi fortuna y mi título—la duquesa de Bardwell ahogó un chillido de horror, mientras que tanto Danielle como su pequeña hermana Ailine aguardaban, pacientemente, a que cambiara de opinión.

Aunque ambas tuvieran la certeza de que su mal juicio respecto a ellas no iba a cambiar, y que, por ende, su destino estaba condenado a la

desgracia.

Y es que, bien era sabido por todos que Jonathan Bardwell siempre había querido un hijo, y que tras enterarse de que su hija primera era una niña y no un varón, se sintió tentado a tirarse por la ventana más cercana, creyendo pues que se trataba de un mal augurio. Y, cuando su segunda hija nació, decidió que su esposa estaba maldita, y encontró una amante que finalmente le dio un niño, como tantas veces le había suplicado, entre llantos, a Dios.

Ailine se preguntó en silencio, aún observando los ojos verdes y apagados de su casi fallecido padre, que tendría de malo su condición. Comprendía que una mujer y un hombre no eran lo mismo. Pero, en el fondo, ¿No habían sido ambos creados por Dios? Si el sexo femenino fuese algo así como una maldición, habría sido el diablo quien lo hubiese creado, y no su señor.

Se acercó a la cama de su padre, que la recibió con atención. Se preguntaría qué querría su hija, porque sin duda, no se imaginaría que tuviese la osadía de exigir algo que no fuese un último adiós.

—Padre, no lo comprendo ¿Tanto nos desprecias? ¿Se lo dejas todo a él y a nosotras nada?

—Os dejaré una asignación anual de cincuenta libras, ni una más, ni una menos—habló el abogado, que lo contemplaba todo desde las sombras.

Danielle miró a aquel hombre, atemorizada, y se acercó también a la cama de su padre, rápida como un rayo, y con profundo dolor, se agachó y tiró de su blanca camisa, recibiendo una mirada de desconcierto de todos los miembros de la sala. James analizó la situación, con una sonrisa burlona que no se molestó en ocultar. Cuando sonreía de aquella manera, parecía ser al menos dos años menor. Sin embargo, a sus dieciséis años, cuando permanecía serio, aparentaba ser todo un señor. Sus rubios y rizados cabellos repeinados hacia la derecha y sus ostentosos trajes aportaban bastante a la situación.

Pero daba igual que hiciera. Sonriera o no, tanto vivo como muerto, Ailine tenía claro que siempre le odiaría por haberle arrebatado el amor de su padre, por irse y disfrutar de una triste situación, por despreciar a su propia sangre por el hecho de ser ellas legítimas cuando él no.

—¡Oh, padre! ¡Qué poco nos amas! Mi desdicha será eterna, puedes estar seguro, nos echas a la calle cual alimaña, sin bienes, sin dinero. ¡Nos condenas, padre! ¡Eso haces! ¡A vivir como ratas!—sollozó la rubia, con sus hermosos ojos cubiertos de lágrimas. Seguía agarrada a el Duque de

Bardwell, que trataba de zafarse con las pocas fuerzas que le quedaban.

El rostro con apenas arrugas de Elisabeth se ensombreció al ver a su hija de aquella manera, rogando de rodillas de una manera vulgar y poco correcta para una doncella. Se acercó a la joven y la obligó a levantarse, aunque le costó bastante, y acabó destrozando sus rulos—los cuales le habían llevado toda la noche hacerse—pelirrojos. La sala entera entró en cólera. Ailine comenzó a chillar a su medio hermano, que se limitó a reírse de ella, y, a su lado, Danielle lloraba desconsolada tras recibir una bofetada de su madre. En vez de una habitación de un duque, el lugar parecía un corral.

—¡Ya basta!—gimió Jonathan, acallando a todos los miembros de la sala—. Os dejo la casa de campo, con criados, caballos y todo, pero Dios santo, dejadme morir en paz.

James miró a Ailine, que se limitó a mirarle despectivamente, guardando silencio. A su lado, Lady Bardwell ordenó a la joven Danielle que guardara silencio, cosa que, inmediatamente, hizo.

Y, finalmente, Su Excelencia el duque de Bardwell cerró sus ojos, pero nunca más los abrió.

~□~□~□~

Pasaron los días, y la paciencia de el ahora duque de Bardwell cesó. La echó del hogar, y las recomendó no volver nunca a visitarle a Londres, pues las puertas de su hogar, no estarían dispuestas a recibirlas por una segunda vez. Aquello condenó a las Bardwell a trasladarse de la ciudad al campo, donde vivían en antaño, cuando no eran señoritas sino unos retoños. Y si algún recuerdo tenían de aquel lugar, era que era terriblemente espantoso. Por ello, tras reiteradas quejas, cuando Ailine tenía ocho años y Danielle diez, se les concedió el lujo de ir a Londres, y ser presentadas en sociedad.

Por ello, acostumbrada a el ambiente de ciudad, a las grandes cortes y a los salones de oro, Ailine Bardwell pensó en el horror que suponía haber sido condenadas a vivir en el campo, donde había bailes, sí. Pero no había lujos como boutiques o costureras a medida. Por una combinación entre su nueva condición de pobreza y la gran distancia entre el pueblo y su mansión de campo, situado cerca de la colina. Para su gran suerte, Ailine conocía a varios Lords y Vizcondes que habitaban por ahí. Pero para ella eso era bajar un gran escalón en la cadena alimenticia.

Miró a su madre, que se subía al coche de seis caballos que habían contratado tras haber empeñado unos pendientes de diamantes. Después de ella, se subió Danielle, que llevaba un vestido rosa palo, de mangas abullonadas pero sin falda ancha, pues un viaje al campo no requería otra

cosa que comodidad. Sin embargo, se había permitido el lujo de ponerse varios rosados lazos, que sujetaban su pelo liso de manera que la parte inferior caía en cascada. Le pareció un bonito peinado en contraste con su melena sujeta con un solo lazo en forma de coleta, combinado con un vestido azulado, más simple que el de su hermana.

Por un momento, se sometió a sentirse insignificante, como su madre le había ordenado aquella misma mañana.

—No hables mal del vizconde, Ailine—había dicho—. Ahora vale más que nosotras, que no somos más de unas simples damas.

Podía parecer estúpido, pero el simple hecho de pasar de hija de un duque a nada a ser una dama le horrorizaba.

Estaban a punto de llegar a Stormwood Manor cuando su madre interrumpió el sepulcral silencio que se había formado en el coche desde que habían partido de Londres.

—Escuchad bien niñas, puede que vuestro padre nos haya condenado, pero aún hay esperanzas. Tengo razones para pensar que hay un Sir, puede que dos, que nos puedan servir.

—¿Para qué?—Preguntó Danielle, inocentemente.

—Para casarnos, es evidente—aventuró Ailine, recibiendo un movimiento afirmativo de parte de su madre—¿Con unos Sirs? Mamá...

Lady Bardwell la mandó callar.

—No sois lo suficientemente ricas para apostar por unos Lores, y mucho menos un conde. Tendreis más que suficiente con ellos. Según tengo entendido, Sir Andrew McCallister tiene una gran mansión cerca de nosotras, y gana alrededor de mil libras al año.

—Supongo que está bien—contestó Danielle, vacilante.

A Ailine no le quedó otra que entrar en razón. Era lo mejor a lo que podían apostar, porque aunque hermosas, ningún hombre de muy alta cuna aceptaría algo más que una aventura con ellas, pues como ya he dicho, el matrimonio es tan solo una unión de dos familias, un tratado sin rotura. Después de todo, el amor no existía más que entre familia aunque Ailline ya estaba dudando del amor hacia ella de su propia sangre. Despreciada por su padre, por su medio hermano... ¿Qué le quedaba más que suplicar por una pedida de mano?